

Y BROTORON LOS CAMPOS. LOS PRIMEROS TIEMPOS DE GONZÁLEZ VIDELA Y EL MOVIMIENTO CAMPESINO¹

Joaquín Trincado Pizarro

Introducción

En noviembre de 1946, con la llegada del radical Gabriel González Videla a la presidencia de la República, miles de trabajadores agrícolas se dieron valor para firmar o bien, si es que eran analfabetos, entintar sus dedos, para sellar el acta de constitución de un sindicato frente al representante de la Dirección del Trabajo. Necesitaron similar valor para reunirse, muchas veces a escondidas, para redactar pliegos de peticiones que pedían café al desayuno, carne dos veces por semana, viviendas limpias y mejores salarios. También necesitaban dar valor a sus representantes, cuando estos discutían directamente con los terratenientes, con el patrón. Con valor, algunos de ellos se presentaron a elecciones en abril del año siguiente y, con el apoyo de sus compañeros, ganaron en algunos lugares. Con más valor contestaron, siete meses después: «mándeme a Pisagua si quiere, allá aprenderé más que aquí, con otros compañeros»². Desde los valles transversales del Norte Chico hasta la Araucanía, de alrededor de 4 sindicatos existentes hasta 1946, en un abrir y cerrar de ojos, aparecieron 156; de los escasos 59 pliegos de peticiones que se habían presentado

¹ Este artículo fue desarrollado en el Seminario de Licenciatura del Instituto de Historia UC, *Procesos políticos, sociales y culturales durante el gobierno de Gabriel González Videla*, del profesor Jorge Rojas Flores.

² Durante la persecución anticomunista en Chile, Pisagua, en el extremo Norte del país, albergó el más importante y simbólico campo de concentración de militantes comunistas y líderes sindicales. Ese campo volvería a ser utilizado durante la dictadura de Augusto Pinochet.

hasta entonces, en pocos meses surgieron más de 450 por todo Chile³. El valor de cada una de esas personas, de las familias que estaban junto a esos trabajadores del campo, se manifestó en huelgas, marchas, peticiones y demandas hacia los patrones que los mantenían en la miseria. Ese valor es el que la historia no debe olvidar.

El objeto de estudio de la presente investigación es la movilización campesina producida en Chile desde noviembre de 1946 hasta julio de 1947, en los primeros meses del gobierno de Gabriel González Videla. Después de años de prohibición de organización sindical en el campo, debido a una circular emitida por el gobierno del Frente Popular, una masiva ola de sindicalización, presentación de pliegos de peticiones e incluso huelgas y marchas, se suscitó en los campos de las distintas provincias de Chile. En este breve periodo de tiempo, que terminó con una fuerte represión al movimiento campesino y las nuevas y restrictivas condiciones impuestas a los sindicatos agrícolas por la ley número 8.811, promulgada en 1947 por el gobierno de González Videla, podemos apreciar un nivel de politización que ciertamente llama la atención. Particularmente en la zona de Lontué y Molina, la influencia de este movimiento se vio, por ejemplo, en la huelga de Molina de 1953⁴, o años más tarde, en la constitución de la unión de trabajadores «La marcha» durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Esta organización agrupó trabajadores de distintas haciendas de la zona para marchar hasta Santiago, con el fin de presentar sus demandas. Este fue un hito que marcó un punto de unificación importante del movimiento campesino de Lontué, Molina, Teno y otras localidades agrícolas de esa zona⁵.

Este trabajo pretende explicar el carácter de estas movilizaciones, sus propósitos y actores, y caracterizar a los protagonistas de estas movilizaciones. Con esto, se busca examinar la experiencia que constituyó para ellos y esbozar un cuadro del periodo a través del examen de la discusión política nacional acerca de este tema. Se busca, sobre todo, aportar al estudio de la experiencia de modernización y politización de los campesinos

³ Brian Loveman, *Antecedentes para el estudio del movimiento campesino chileno: Pliegos de peticiones, huelgas y sindicatos agrícolas, 1932-1966*, Santiago, ICIRA, 1971.

⁴ Descrita en Henry Landsberger y Fernando Canitrot, *Iglesia, intelectuales y campesinos. La huelga campesina de Molina*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1967.

⁵ Entrevista a Manuel Díaz, Lontué, mayo de 2016, y entrevista a Gregorio Lártiga, Curicó, junio de 2016.

chilenos, así como favorecer un acercamiento a los sujetos históricos que permita analizar el proceso desde sus protagonistas, dándole rostro a las transformaciones estructurales desarrolladas desde fines del siglo XIX y a lo largo del siglo XX en el agro. En este sentido, se sostiene que la movilización del periodo descrito demostró la existencia de transformaciones profundas en las condiciones de trabajo y las relaciones sociales que hicieron insostenible la permanencia de ciertas estructuras en el campo a mediano plazo.

Gran parte de la literatura sobre el movimiento campesino en Chile se ha desarrollado en torno a la Reforma Agraria, como proceso político que suscitó una serie de estudios sobre las condiciones del campesinado chileno y su organización. En este sentido, la literatura sobre el tema suele plantear una continuidad más o menos estática en la situación de los trabajadores rurales. Con ello, el énfasis en los periodos de movilización previos a la Reforma está ausente y se pasan por alto las formas de organización que pudieran haber tenido estos sujetos a lo largo de su historia. La primera revisión del movimiento campesino chileno que destacó los episodios anteriores a la década de los sesenta fue la de Brian Loveman, en 1971. Más recientemente, algunas investigaciones han apuntado a la modernización de carácter capitalista del campo chileno, dando cuenta de la transformación en las relaciones sociales y, por tanto, de la existencia de una clase trabajadora rural capaz de construir un discurso político sobre sí misma. Trabajos como los de Roberto Santana, Claudio Robles y José Bengoa han sentado bases importantes para un nuevo estudio de la historia rural chilena, en torno a los cuales se han anidado distintos trabajos de historiadores de nuevas generaciones. Este trabajo busca ser un aporte en esa dirección.

En la historiografía que se ha dedicado al estudio del campesinado chileno y sus expresiones políticas, se reconocen temas que aún no han sido investigados en profundidad o que permiten nuevas orientaciones y nuevas formas de aproximación historiográfica. Se reconoce un desafío general en la bibliografía que aborde los años 1946 y 1947 como un periodo particular. Esto implica una dificultad mayor al momento de reconocer indicios que permitan comprender estas movilizaciones, pero también supone un desafío importante que podría implicar un aporte a la historiografía chilena sobre la temática. Por otra parte, el desafío metodológico es muy interesante y, sobre todo, complejo, puesto que un acercamiento como el que se propone aquí es algo que no ha sido trabajado profundamente.

Para lograr esto, este estudio se centra en la zona de Lontué, la cuarta con mayor actividad reivindicativa para el periodo⁶. Este enfoque permite observar en detalle la organización de los trabajadores rurales para, desde ahí, poder explicar en profundidad lo que se desencadenó en 1946 y el significado que tuvo este periodo para la constitución del movimiento campesino en Chile. La metodología de investigación se ha basado en el análisis de fuentes escritas, tales como documentación del Estado, diarios nacionales y locales de la época, censos y leyes. A ello se suma la recolección de fuentes orales, ya sea testimonios de campesinos que participaron del proceso estudiado o que, sin haberlo vivido directamente, aportaron a la construcción de un relato sobre este, así como también sobre el movimiento campesino en la zona de Lontué.

Por supuesto, este enfoque también presenta limitaciones. En primer lugar, por razones evidentes, la cantidad de testigos de estos hechos que existe hoy en día es muy reducida y, aunque se logró acceder a testimonios muy útiles, son todos de sindicalistas comunistas locales de la época y de los años sesenta. Por otra parte, todos los entrevistados son hombres, por lo que la visión de las mujeres campesinas lamentablemente ha quedado fuera. Respecto a las fuentes escritas producidas por el Estado, existe un vacío de documentación de la intendencia de Talca⁷, cuyo archivo fue visitado y se comprobó que la documentación anterior a 1970 simplemente se perdió. Asimismo, la decisión de privilegiar la zona de Lontué deja fuera del análisis detallado al resto de los lugares donde se vivió esta movilización social. Esto no nos permite realizar un estudio comparado de casos que son, por cierto, diferentes y que podrían enriquecer la perspectiva de la acción política de un campesinado que, a pesar de sus diferencias, había vivido en su totalidad un largo proceso de modernización capitalista.

El trabajo se estructura de la manera siguiente: primero se revisará el escenario de los campos de Lontué, en cuanto a su producción, tenen-

⁶ Las provincias donde hubo mayor actividad fueron Santiago, Aconcagua y O'Higgins, en dicho orden. Esto se concluye midiendo la cantidad de conflictos colectivos registrados en el archivo de la Dirección del Trabajo, en los cuales la comunicación interna y externa del organismo, las providencias y el Registro de Conflictos Colectivos brindaron información valiosa para el estudio de los sindicatos constituidos, los pliegos y las huelgas. No obstante, es necesario en algunos casos contrastar la evidencia del archivo con la de periódicos o fuentes orales, ya que no siempre coinciden todos los datos o la información varía. Un trabajo sistematizado de esto se encuentra en los trabajos de Brian Loveman, que serán citados a lo largo de este artículo.

⁷ Correspondiente hoy a la Intendencia del Maule.

cia de la tierra, formas de trabajo y distribución habitacional, así como también se describirán algunas formas comunes de represión y control, que marcaban la vida y labor de los trabajadores rurales. A continuación, se analizará la coyuntura específica y las formas de politización entre los campesinos, para luego explicar las causas de este movimiento y evaluar la participación de los diversos agentes, identificando los matices propios del proceso de politización y organización popular de este caso.

Vida y trabajo campesinos para 1946

El departamento de Lontué era la zona Noreste de la provincia de Talca, según la división administrativa de los años cuarenta⁸, y albergaba gran parte del valle central y los faldeos de la Cordillera de los Andes. Es una zona agrícola y ganadera desde tiempos coloniales y, en la segunda mitad del siglo XIX, experimentó un auge en exportaciones agrícolas debido a la demanda producida por la apertura hacia los mercados internacionales, cuando la fiebre del oro permitió un aumento en la producción cerealera y agrícola en general⁹. Claudio Robles señala la importancia de este auge comercial para la modernización del campo chileno y releva la selectiva y progresiva introducción de maquinaria agrícola en algunas haciendas¹⁰. Esta zona se caracterizó por la presencia de latifundios dedicados a la producción vitivinícola, cuya modernización produjo diferencias en los tipos de uso de los suelos: una gran parte se dedicó al cultivo de viñas y otra parte a la construcción de bodegas de vino, además de otro tipo de industrias relacionadas con la producción de uva¹¹.

⁸ Hoy en día esta zona corresponde a la provincia de Curicó, Región del Maule.

⁹ José Bengoa, *Historia social de la agricultura chilena*, tomo II, Santiago, Ediciones Sur, 1990, 103-104.

¹⁰ Claudio Robles, «Agrarian capitalism and rural labor: The Hacienda system in Central Chile, 1870-1920», *Journal of Latin American Studies* 41: 3, 503-507.

¹¹ Bengoa, *op. cit.*, 101-138.

el porcentaje de población rural se mantiene sin grandes variaciones en la provincia de Talca, mientras que la provincia entera crece a un ritmo mucho menor que la población total. Es decir, en la primera mitad del siglo XX, la población rural no solo decreció en función de sus ciudades cercanas, sino que migró también hacia los grandes centros y hacia otras zonas rurales, donde se fueron creando los villorrios mencionados para albergar obreros agrícolas, que pronto comenzarían a ser contados como localidades urbanas. Esto significa también que no se puede deducir un cambio de actividad económica a partir del leve aumento de la población urbana en la provincia. En 1952, un 49% de la población económicamente activa de la provincia se dedicaba al agro, porcentaje que no incluye, por ejemplo, a los obreros de las bodegas de vino, que vivían en su mayoría junto a los campesinos. Todo esto coincide con el aumento de mano de obra antes señalado y con el aumento de población, lento pero permanente, en las cercanías de las haciendas que se desarrollará más adelante¹⁴.

Tabla 1¹⁵

Población de la República y de la provincia de Talca, según área urbana y rural (1907-1952)

| Total nacional | 1907 | 1920 | 1930 | 1940 | 1952 | Crecimiento periodo |
|----------------|-----------|-----------|-----------|-----------|-----------|---------------------|
| Habitantes | 3.220.531 | 3.714.887 | 4.287.445 | 5.023.539 | 5.932.995 | 84% |
| Urbana | 43,3% | 46,4% | 49,5% | 52,6% | 60,3% | |
| Rural | 56,7% | 53,6% | 50,5% | 47,4% | 39,7% | |

| Provincia de Talca | 1907 | 1920 | 1930 | 1940 | 1952 | Crecimiento periodo |
|--------------------|---------|---------|---------|---------|---------|---------------------|
| Habitantes | 131.957 | 133.957 | 159.614 | 157.141 | 173.693 | 32% |
| Urbana | 36,2% | 35,5% | 34,6% | 41% | 39,5% | |
| Rural | 63,8% | 64,5% | 65,4% | 59% | 60,5% | |

¹⁴ Esto permite enriquecer la visión general de la constante disminución de población en el campo, permitiendo matizarla y contrastarla con cifras locales. Uno de los varios trabajos sobre este proceso es de Carlos Hurtado, *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno*, Santiago, Universidad de Chile, 1966.

¹⁵ Elaboración propia a partir de datos del X Censo General De Población, Dirección General de Estadística, 1931 y XII Censo General De Población y I De Vivienda, Servicio Nacional de Estadística y de Censos, 1952.

Tabla 2¹⁶

Población económicamente activa de la provincia de Talca, según ramas de actividad económica y sexo a 1952.

| | P.E.A. * | Agricultura, silicultura, caza y pesca | Servicios | Industrias manufactureras | Comercio | Otras |
|-----------------|----------|--|-----------|---------------------------|----------|-------|
| Total provincia | 61.498 | 30.102 | 9.841 | 7.927 | 4.970 | 8.658 |
| Hombres | 48.898 | 28.998 | 3.120 | 4.983 | 3.591 | - |
| Mujeres | 12.600 | 1.104 | 6.721 | 2.944 | 1.379 | - |

* Medida en hombres y mujeres de 12 años o más.

Durante el siglo XIX y comienzos del siglo XX, los terratenientes de la Región del Maule buscaron aumentar su mano de obra retenida, permitiendo «que los campesinos pobres, vagabundos y toda persona que así lo quisiese, se instalara con una pequeña heredad en pueblos y comarcas cercanas a las haciendas»¹⁷. Por otra parte, como señala Roberto Santana, se habría producido una oleada de *pseudoinquilinización*, caracterizada por la «irrupción de un nuevo tipo de inquilinos salidos de entre los *peones* de hacienda en un proceso de tal amplitud que (...) muy rápido iba a predominar ampliamente sobre el inquilinaje original»¹⁸. También es importante la definición que hace Santana de los inquilinos bajo el proceso de modernización capitalista, dado que para el análisis de las movilizaciones y organización de los trabajadores en 1946 es preciso tener en cuenta la transformación de su rol dentro del fundo.

Son asalariados que reciben, en función de su trabajo, una cierta cantidad de dinero y de productos; son productores, pequeños jefes de empresa, sobre las tierras que reciben a cambio de cumplir ciertas 'obligaciones'; son reclutadores de mano de obra, puesto que tienen como obligación entregar una 'cuota' de trabajo al fundo o la hacienda, sea que se trate de trabajo propio, de alguien de la familia o, bien, de un 'afuerino'¹⁹.

¹⁶ Elaboración propia a partir de datos del XII Censo General De Población y I De Vivienda, 1952.

¹⁷ Bengoa, *op. cit.*, tomo II, 104.

¹⁸ Roberto Santana, *Agricultura chilena en el siglo XX: contextos, actores y espacios agrícolas*, Santiago, Dibam, 2006, 127.

¹⁹ *Ibid.*, 123-124.

El resto de los trabajadores eran los peones que, para 1940, vivían en los fundos, además de los «obligados» –mencionados en la cita anterior de Santana– y los «afuerinos» que eran reclutados durante el tiempo de cosecha y que solían venir del Sur, vagando en busca de trabajo; los trabajadores rurales entrevistados para esta investigación se refieren a estos afuerinos como «torrantes» o «de linguera». Estos últimos se mantuvieron más bien al margen en el periodo de movilización, pero no siempre, pues «en algunos casos especiales que se juntaron varios y pasaron a ser rompehuelgas. Pero fueron los menos»²⁰.

La distribución habitacional mencionada, es decir, la coexistencia de distintos tipos de trabajadores en los terrenos de la hacienda durante todo el año, es relevante para esta investigación, ya que nos permite acceder a algunos de los espacios comunes y de interacción de la población rural en general, lo que está en la base de la convivencia y organización social. Como demuestra James Scott, los códigos manejados por una comunidad campesina son los que le permiten desarrollar formas de resistencia pasivas, soterradas, no detectadas por los terratenientes. En el caso del libro *Weapons of the Weak*, para poder entender a cabalidad estos códigos y acceder a las formas cotidianas de resistencia del campesinado, el autor realizó una larga etnografía en una comunidad campesina en el sudeste asiático²¹. Por supuesto, este es un método no replicable para la enorme mayoría de los fenómenos históricos, pero propone un giro heurístico en la forma de entender las acciones de resistencia de los trabajadores rurales. Esta investigación debe parte de su enfoque a dicha propuesta.

A este respecto, y para completar una descripción de la realidad cotidiana de los campesinos de Lontué, es muy relevante considerar que en los fundos existía un fuerte control de todo acto contrario a los intereses del latifundista, lo cual hacía que los intentos de presentar demandas o sindicalizarse fueran muy complejos. En primer lugar, hay que señalar la existencia de iglesias y retenes de carabineros en la mayoría de los fundos, según cuentan los entrevistados. Estos actores son esenciales para entender el control que se ejercía sobre los campesinos, lo que se ilustra perfectamente en el siguiente recuerdo, relatado por Ignacio Peredo y otros:

²⁰ Entrevista a Ignacio Peredo, Lontué, mayo de 2016.

²¹ James Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1985.

Llevaban misiones a los fundos, los confesaban los curas que iban a los trabajadores, les contaban todo, esto y esto otro... y en seguida le pasaban todas las cuentas a los patrones, y ahí venían las medidas disciplinarias (...) Cuando el alcalde [dueño del fundo] llevó las misiones, ahí tenían aserraderos, los trabajadores le robaban las maderas y las vendían en otra parte. Cuando le llegó una confesión casi los mataron a los campesinos. En Trapiche igual. Les sacaron la cresta a quienes confesaron²².

El mismo entrevistado también cuenta cómo un sacerdote reveló el embarazo de una joven campesina, por lo cual fue expulsada de su hogar, y cómo otro sacerdote se negó a bautizar a la hija del mismo Ignacio Peredo, porque este era militante comunista. Lo amenazó con denunciarlo a las autoridades para relegarlo a Pisagua durante la represión de la Ley Maldita, sin que le importara la subsistencia de su mujer e hija: «No importa, [dice el sacerdote] ¿Y si uno de ellos muere? [pregunta Peredo] Muere nomás, dice el cura»²³.

Estas historias de pequeñas situaciones cotidianas hablan de una práctica de control político y moral ejercido por la Iglesia católica en complicidad con los terratenientes. Si a esto le sumamos la existencia de retenes en los fundos –retenes que durante la dictadura de Augusto Pinochet se convirtieron en centros de detención y tortura según el testimonio de los entrevistados– tenemos un cuadro bien definido de algunos medios de control sobre la mano de obra de los fundos chilenos.

Sin embargo, en este escenario los trabajadores de las distintas regiones agrícolas de Chile se organizaron para canalizar sus demandas por mejores salarios, mejores condiciones de vida y de trabajo. Con estas condiciones fue que, desde el momento en que González Videla levantó la prohibición de sindicalización y huelga existente desde el gobierno del Frente Popular, los trabajadores rurales empezaron rápidamente a formar sindicatos en los distintos fundos y a elaborar pliegos de peticiones, algunos acompañados de huelgas de pocas horas e incluso días, marchas y concentraciones en los pueblos cercanos²⁴. Sobre los resultados de es-

²² Entrevista a Ignacio Peredo, Lontué, febrero de 2016.

²³ *Idem*.

²⁴ «Registro de Conflictos Colectivos», *Archivo Nacional de la Administración*, Fondo Dirección del Trabajo, vol. 1932. Sobre concentraciones y marchas: entrevistas a Manuel Díaz, Lontué, mayo de 2016; Hermógenes Cruz, Lontué, mayo de 2016; Gregorio Lártiga, Curicó, junio de 2016; y prensa de la época. Sobre marcha en Molina junto a ministro Víctor Contreras: «Domingo 30 marcha en Molina junto a ministro Víctor Contreras», *El Pueblo*, Talca, 19 de

tas movilizaciones, podemos decir que se lograron mejoras en muchos casos, aunque duraron solo hasta que la represión de fines de 1947 llegó para quedarse durante años²⁵. Por supuesto, durante el periodo de movilización también hubo una fuerte represión a nivel nacional, denunciada constantemente y desde muy temprano en 1946 por la prensa de izquierda, especialmente por *El Siglo* –que sería sacado de circulación meses después, con la proscripción al Partido Comunista– y por periódicos locales de tendencia izquierdista. Como señala Gregorio Lártiga, antiguo trabajador de las bodegas de vino en Lontué,

entonces *habían* persecuciones, *habían* despidos [sic]. [Cómo respondían los sindicatos] dependía mucho (...) de cómo estuviera constituido el sindicato, cuál era el nivel de unidad de los propios trabajadores. Si había una unidad fuerte, había posibilidades de que se defendieran, y defendieran al despedido y logran su reincorporación²⁶.

Para este análisis es útil tomar la definición de resistencia de Scott, quien la define como los pequeños actos cotidianos que buscan aminorar el efecto de la opresión económica y política de los grupos subalternos. Según él, algunas armas ordinarias de los grupos sin poder son «el arrastrar los pies, la simulación, la desertión, falsa complicidad, robo, ignorancia fingida, calumnia, incendio, sabotaje, etc»²⁷. En este sentido, «cuando estos actos se vuelven un patrón consistente (aunque sin coordinación ni menos organización) estamos tratando con resistencia»²⁸.

Así, otro elemento que se aprecia en esta lucha entre trabajadores y terratenientes en el campo chileno es el sabotaje, además del robo de madera descrito en el relato de Ignacio Peredo recién citado. Denunciados constantemente en la prensa de la época, no queda claro si los incendios

enero 1947, 2. Para la descripción de estas acciones en la huelga de Molina de 1953, Landsberger y Canitrot, *op. cit.*

²⁵ «Registro de Conflictos Colectivos», *Archivo Nacional de la Administración*, Fondo Dirección del Trabajo, vol. 1932.

²⁶ Entrevista a Gregorio Lártiga, Curicó, junio de 2016.

²⁷ Scott, *op. cit.*, XVI, traducción propia.

²⁸ *Ibid.*, 296, traducción propia. Esto mismo es tratado, aunque con menos profundidad teórica, en George Rudé, *La multitud en la historia. Estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra (1730-1848)*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, 232.

de pastizales, bodegas y sementeras²⁹, o la destrucción de cosechas, fueron provocados por los campesinos o fueron creados por los latifundistas, para dar la impresión de una situación descontrolada en el campo. Estos actos de sabotaje están enmarcados en las formas de resistencia descritas por Scott³⁰, aunque también debemos incluir otro factor que nubla la visión del historiador, pero que también es útil para dar cuenta de un fenómeno humano y social: la importancia del miedo. Tanto para los campesinos que intentaban organizarse, como para el terrateniente, el enfrentamiento directo de intereses traería inestabilidad, por lo que las acciones de unos y otros estuvieron dirigidas a acrecentar sus propias fuerzas frente los ojos de la parte contraria, o de un intermediario, en este caso, el Estado. Esto nos puede dar luces para abordar esta dificultad de interpretación presentada por las fuentes, ya que, más allá de la simple disputa propagandística –que de seguro también fue parte del conflicto en 1946–, el miedo y la inseguridad de un conflicto abierto son siempre influyentes en el actuar de los grupos humanos³¹.

*Sindicalización como proyecto y como hecho:
factores de politización*

La organización sindical campesina en Chile, hasta la década de 1930, no había tenido canalización legal. Con el Código del Trabajo en 1931 –que recopilaba las leyes laborales de 1924– se abrió una posibilidad a la sindicalización de los trabajadores rurales. Dicho código planteaba problemas respecto a la interpretación del derecho de los obreros agrícolas. Lo que permitía algún tipo de organización era, precisamente, el vacío existente en la definición de los trabajadores susceptibles de sindicalizarse, que no diferenciaba entre los trabajadores industriales urbanos y rurales. Por esto, tanto en las oficinas de la Dirección del Trabajo como en el Congreso Nacional, en la prensa y en los propios campos, se dieron

²⁹ Por ejemplo, «Los comunistas de ‘Santa Elisa’ prendieron fuego ayer a las bodegas del fundo que fueron destruidas por el fuego», *La Prensa*, Curicó, 1 de enero 1947, 10.

³⁰ Scott, *op. cit.*, XV.

³¹ El problema del miedo en las manifestaciones sociales es tratado ampliamente en Georges Lefebvre, *El gran pánico de 1789. La revolución francesa y los campesinos*, Barcelona, Paidós, 1986; además de George Rudé, *op. cit.*, 260-262 y el propio Scott, *op. cit.*

numerosas discusiones sobre si la legislación válida para los trabajadores industriales de las ciudades regía asimismo para los trabajadores rurales. El artículo que señalaba que «se considerarán contrarias al espíritu y normas de la ley, las organizaciones cuyos procedimientos entraban la disciplina y el orden en el trabajo»³² fue especialmente problemático. Por una parte, los dueños de fundos y haciendas señalaban que el campo tenía características que no permitían organización, concretamente su cualidad de productor de alimentos, actividad que peligraría con algún tipo de huelga. Por otra, los trabajadores que buscaban formar sindicatos en sus lugares de trabajo –así como también los sectores de la izquierda, representados por las facciones socialistas y el PC, y sus diversas inserciones en organizaciones sociales, como la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCh), sostenían que los obreros agrícolas eran trabajadores, por lo que no había razón para que no tuvieran los mismos derechos sindicales que los obreros urbanos.

Durante el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, el Ejecutivo emitió una circular³³ que suspendía los derechos sindicales de los trabajadores rurales, particularmente, prohibía la formación de sindicatos y huelga en tiempo de cosecha, prácticamente la única huelga posible y efectiva en el campo. El objetivo detrás de esto era evitar conflictos en el campo mientras se discutía un proyecto de sindicalización campesina, que buscaba terminar con el problema de la «agitación» en el campo. Este periodo de suspensión de derechos fue definido inicialmente como de seis meses; sin embargo, la vaguedad del proyecto, la oposición tanto de sectores de la derecha como del mismo Partido Radical y el poco interés demostrado por la coalición gobernante en mejorar las condiciones de vida y organización de los sectores campesinos, derivaron en una extensión constante de la prohibición –y qué decir de la discusión del proyecto de sindicalización–, que implicó varios años de represión, abuso e ilegalidad de un movimiento campesino que había alcanzado a tener sus primeras manifestaciones antes de 1940³⁴.

³² «Decreto con Fuerza de Ley N° 178», *Diario Oficial de la República de Chile*, 28 de mayo 1931, artículo 364.

³³ «Telegrama-Circular 655-656», 25 de marzo 1939, citado en Brian Loveman, *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973*, Bloomington y Londres, Indiana University Press, 1976, 119.

³⁴ Nicolás Acevedo, «La voz del campo. La política agraria del Partido Comunista durante el Frente Popular», *Izquierdas* 13, 2012, 74-75. Loveman, *Struggle in the Countryside...*, *op. cit.*, 119. Sobre la influencia de la Sociedad Nacional

Para la elección presidencial de 1946 se veía el término de esta situación. El programa de González Videla, ambicioso en cuanto a transformaciones y centrado en hacer frente a una importante crisis que afectaba al país, contenía diversos proyectos para el campo. Entre ellos, el primero en concretarse fue la derogación de la circular prohibitiva dictada por el Frente Popular y mantenida en vigencia por los gobiernos de Ríos y Duhalde. Además, algunos sectores de la Alianza Democrática, la coalición gobernante, plantearon discutir un proyecto de ley sobre sindicalización campesina, para terminar con el problema de los vacíos del Código del Trabajo y sus múltiples interpretaciones, en las cuales cabía la posición de la derecha que se oponía totalmente a los usos del código para el agro.

Como señala Nicolás Acevedo, desde el periodo del Frente Popular existió una estrategia del PC para el campo, que buscaba llevar los avances en materia sindical de la ciudad a los sectores rurales³⁵. No obstante, este proyecto habría sido truncado tanto por el gobierno del Frente Popular como por el de Juan Antonio Ríos, debido a la oposición de sectores conservadores dentro de las mismas coaliciones. Por otra parte, Loveman advierte sobre un posible trabajo subterráneo del PC durante el tiempo que rigió la circular prohibitiva, que habría permitido el surgimiento de la movilización rural de 1946. La promulgación de la restrictiva ley 8.811 de sindicalización campesina³⁶, uno de los acontecimientos principales del gobierno de González Videla, cambió las condiciones de creación de sindicatos agrícolas, exigiendo mayores requisitos a los socios para sindicalizarse. Esta ley, impulsada por los liberales e influida desde los sectores conservadores de la Alianza Democrática y la derecha, dio un duro golpe a la organización campesina. Además, luego de la promulgación de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia en 1948, conocida como la «Ley Maldita», que ilegalizó al PC durante años, esa organización campesina fue largamente reprimida por muchos años.

de Agricultura en esta situación ver Ignacio Muñoz, *Historia del poder: La sociedad nacional de agricultura durante el periodo del Frente Popular*, Santiago, Vivaria, 1991, 45-49.

³⁵ Nicolás Acevedo, 'A la conquista del campo' *Politización campesina y recepción del marxismo. El caso del Partido Comunista de Chile (1935-1945)*, Tesis para optar al grado de Magíster de Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2016, 26-35.

³⁶ «Ley N° 8811. Agrega disposiciones al código del trabajo, relativas a la organización sindical de los obreros agrícolas», *Diario Oficial de la República de Chile*, 29 de julio 1947.

Efectivamente, el rol de los partidos fue relevante en la organización política de los trabajadores rurales y, junto al PC y los socialistas, desde los años 50 la Falange Nacional también generó un trabajo en el campo que dio vida al sindicalismo católico³⁷. A nivel agrícola, el papel de los socialistas en los años 30 fue importante, con la organización de la Liga Nacional de Defensa de Campesinos Pobres, impulsada por el diputado trotskista Santiago Emilio Zapata³⁸. No obstante, como señalan Loveman y Acevedo, esta organización no sobrevivió al alejamiento de Zapata del Partido Socialista, en 1940³⁹. Acevedo agrega, además, la fuerte dependencia de la institucionalidad y los partidos que tenía la Liga, lo cual se ilustra en el simple hecho de que Zapata era diputado por la ciudad de Santiago y no por una región agrícola, lo que explica el poco arraigo que tuvo la Liga entre los trabajadores organizados⁴⁰. Asimismo, la CTCh, aun después de su quiebre, mantuvo la defensa de los derechos de los trabajadores rurales, lo que generó instancias de denuncia y organización en Santiago y algunas provincias. Aun así, cabe destacar que esto se desarrolló principalmente en espacios urbanos, por una razón logística y de visibilidad, pero también debido a la enorme dificultad que suponía

³⁷ La presencia de los falangistas en el movimiento obrero ha sido motivo de debate entre los historiadores. Para el caso de Molina, Landsberger y Canitrot señalan que la Acción Sindical Chilena (ASiCh), ligada a la Falange, habría tenido un desarrollo importante en la zona de Molina y Lontué, con un desarrollo incipiente al lado de los partidos marxistas en las elecciones parlamentarias; Landsberger y Canitrot, *op. cit.*, 238, señalan 1949 como el comienzo de la acción de los dirigentes falangistas entre los trabajadores rurales, como Emilio Lorenzini y Juan Cifuentes. Para el movimiento obrero a nivel nacional encontramos tempranamente, ya en 1946, dirigentes falangistas en diversos rubros, e incluso uno como consejero de la CTCh de Bernardo Araya. Para esto, ver Cristian Pozo, *Ocaso de la unidad obrera en Chile: Confrontación Comunista-socialista y la división de la CTCh (1946-1947)*, Tesis para optar al grado de Magister de Historia, Universidad de Chile, 2013.

³⁸ Perteneció a la Izquierda Comunista, al Partido Socialista y al Partido Socialista de los Trabajadores entre 1932 y 1942.

³⁹ Sobre la evolución del Partido Socialista durante la experiencia del Frente Popular y la Alianza Democrática, ver Paul Drake, *Socialismo y Populismo: Chile 1936-1973*, Valparaíso, Ediciones de la Universidad Católica de Valparaíso, 1992.

⁴⁰ Loveman, *Struggle in the Countryside...*, *op. cit.*, 151-164 y Nicolás Acevedo, «Autonomía y movimientos sociales. La Liga de Campesinos Pobres y la izquierda chilena (1935-1942)», *Izquierdas*, 23, 2015, 45.

presentarse como organización social y política (sobre todo de izquierda) en los fundos, viñas y haciendas⁴¹.

Más allá de las intenciones, tanto del programa de la Alianza Democrática del año 1946, como las estrategias de trabajo político entre los trabajadores rurales definidas por distintos partidos, cuando González Videla asumió la presidencia, en el campo existían condiciones que permitieron desarrollar un movimiento de alcance nacional y con reivindicaciones propias de una proletarización relativamente avanzada en los sectores rurales. Es importante distinguir en este punto los conceptos de politización, organización y agitación, ya que se encuentran muy presentes, tanto en la bibliografía secundaria sobre el tema como en la prensa y archivos de la época.

Politización es un concepto complejo. Funciona en distintos niveles y aúna formas de expresión, identidad y organización distintas. Para su discusión, se revisará la definición que Julio Pinto da al concepto, para presentar la opción teórica tomada en este trabajo⁴². Para Pinto, la politización popular implica distintos estadios. Por un lado, está la acción pública llevada a cabo por organizaciones que se reconocían explícitamente como obreras. Por otro, la adopción de un discurso de clase implicaba «asumirse como un componente esencial de la sociedad que no estaba recibiendo ni el trato ni las consideraciones que se merecía»⁴³. Julio Pinto y Verónica Valdivia dan una definición rigurosa de politización, organizada en cuatro componentes, que resulta muy útil: primero, la formulación discursiva sobre el lugar ocupado por el pueblo; segundo, la articulación orgánica de las demandas a través de referentes creados o adaptados, esto es, los partidos obreros o instituciones cuyo fin no era inicialmente canalizar demandas, pero terminaron siendo funcionales a este propósito; tercero, la elaboración de propuestas programáticas; y cuarto, la reivindi-

⁴¹ Para el quiebre de la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCh), ver Pozo, *op. cit.*

⁴² Hay que señalar que la construcción conceptual que hace Julio Pinto está basada en sus investigaciones sobre las identidades populares de los obreros pampinos del salitre en el Chile de fines del siglo XIX y comienzos del XX, por lo que algunas definiciones pueden sonar un poco alejadas del contexto en que desarrollaban su vida y acción política los campesinos de la década de 1940. Sin embargo, de ninguna manera esto le quita relevancia y solidez teórica a la definición de politización de Julio Pinto.

⁴³ Julio Pinto, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo salitrero y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*, Santiago, Editorial Universidad de Santiago, 1998, 310-311.

cación de la ciudadanía popular, que, como se explicó, tenía que ver con la inclusión de los sectores populares en los beneficios producidos por la sociedad moderna⁴⁴.

Por otra parte, en la época y en algunos textos monográficos sobre el tema, los conceptos de organización y agitación usualmente son utilizados como sinónimos. Sin embargo, en este trabajo son considerados como elementos distintos de un proceso complejo de acción y discurso de un grupo social específico durante un proceso particular. El concepto más utilizado en la prensa de la época, así como en documentación y comunicaciones internas del Estado, es la agitación política. Este concepto contiene en sí mismo una connotación negativa y superficial del proceso de organización social, ya que alude a un movimiento cuyo alcance y raigambre no son relevantes.

El proceso vivido por los trabajadores rurales en 1946 y 1947 no puede ser calificado como una simple agitación social en el campo, sino que más bien constituyó una coyuntura que permitió desarrollar una articulación social y política que formó la base de una organización más duradera y la memoria de un proceso reivindicativo. En este sentido, la organización de los trabajadores rurales en el periodo se acercaría más a un reconocimiento de «asumirse como un componente esencial de la sociedad que no estaba recibiendo ni el trato ni las consideraciones que se merecía»⁴⁵, que planteaba Pinto. Sin embargo, aquello no necesariamente era expresado como una construcción explícita de un programa político, sino como «una necesidad que siente la gente por su condición de vida»⁴⁶. Aun así, no podemos caracterizar este fenómeno como prepolítico, sin analizar la experiencia de organización y lucha social de los sujetos históricos.

Cuando se derogó la circular que prohibía la sindicalización en el campo, los trabajadores rurales tenían ciertas características –desde su posición respecto a la estructura de producción agraria hasta una concepción de sí mismos–, que permitieron una respuesta extendida y fuerte frente a la oportunidad que abrió el Estado. Para poder entender lo que había cambiado en el campo chileno desde comienzos del siglo XX y analizar las motivaciones que llevaron a los trabajadores rurales de gran parte de

⁴⁴ Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932)*, Santiago, Lom, 2001, 10.

⁴⁵ Julio Pinto, *Trabajos y rebeldías...*, *op. cit.*, 310-311.

⁴⁶ Entrevista a Gregorio Lártiga, Curicó, junio de 2016.

Chile a movilizarse por mejores condiciones de vida y trabajo, nos volvemos a situar en la zona de Lontué.

Una de las formas de politización, sobre todo a nivel discursivo, fue el contacto de los jóvenes campesinos con los obreros salitreros que, luego de varias crisis económicas –entre las cuales la de 1929-1931 fue la más grave–, habían vuelto a sus lugares de origen. Este retorno fue significativo, puesto que los pampinos venían con una experiencia de organización y politización muy importante. En las salitreras, guaneras y puertos, no solo habían conocido el lado más crudo del capitalismo industrial de extracción, sino que también habían conocido formas políticas modernas, como el anarquismo y el socialismo, desarrolladas por diversos grupos obreros. Pinto y Valdivia trabajan este fenómeno y señalan la relevancia que adquirieron los pampinos en sus múltiples migraciones a ciudades del centro del país, sobre todo a Santiago, donde los albergues se convirtieron en centros de agitación política de la clase obrera⁴⁷.

Esta presencia de los obreros nortinos en el centro del país no ha sido analizada en toda su complejidad, puesto que no es simple hallar rastro de todos los pampinos retornados. Por esta razón, su influencia habría sido identificada fundamentalmente en ciudades del centro del país, desde La Serena hasta Rancagua. Sin embargo, la presente investigación demuestra que la presencia e influencia política de esta migración alcanzó localidades del centro-sur de Chile. Ignacio Peredo, trabajador rural de Lontué, participó activamente de la sindicalización campesina en el movimiento de 1946, fue electo regidor por Sagrada Familia en 1947 y fue formado políticamente por uno de estos nortinos emigrados:

(...) cuando yo fui candidato había un maestro zapatero nortino, que fue el que me recibió como militante del partido cuando llegué de la costa, porque yo soy de tierra cureptana. Y él fue el que me dio la idea de hacerme candidato a regidor. Yo no quería, yo quería ir a Rancagua, porque quería ganar plata... aventurero. Insistió e insistieron los compañeros de la célula que yo fuera candidato y salí.

Manuel Díaz, dirigente campesino de los años sesenta, agrega:

La otra parte que ayudó [a la organización de los trabajadores rurales en Lontué] fue la desintegración de los pampinos que se vinieron para acá. Llegaron muchos por la cesantía. Ellos traían la gracia de saber

⁴⁷ Pinto y Valdivia, *op. cit.*, 73 y 76.

cómo se organizaba, porque en el Norte se levantó el gran movimiento de los trabajadores⁴⁸.

La observación de Peredo sobre su procedencia de la costa de la provincia de Talca es fundamental, pues introduce la forma de interacción de estos emigrados con la población rural de esta región. La zona de Curepto, ubicada hacia la Cordillera de la Costa de la provincia del Maule, era una zona de minifundios de producción familiar⁴⁹. El mismo Peredo nació en un pequeño campo que tenía su padre. Estos pequeños terrenos estaban dedicados principalmente al cultivo de legumbres, en contraste con el interior de la provincia, de grandes latifundios y las haciendas de producción vitivinícola. Esta forma de producción permitía la existencia de mano de obra joven y libre, es decir, sin sujeción a la tierra ni a contratos con terratenientes, por lo que solía buscar trabajo en rubros diversos. Con el auge del ciclo salitrero en 1870, esta población migró hacia los centros mineros de lo que sería el Norte chileno pocos años después. Estas personas o sus descendientes directos habrían regresado a la zona del Maule buscando un futuro que el Norte ya había dejado de ofrecer. Estos pampinos retornados no fueron empleados en labores agrícolas directamente, sino que, en su mayoría, fueron proscritos por sus experiencias e ideas políticas. Por esta razón, solían desempeñar oficios como zapateros, peluqueros, mueblistas, ya que la independencia del trabajo les daba libertad económica y de expresión política.

Esas personas fueron focos de atracción para algunos jóvenes campesinos. Se repiten los relatos de grupos de jóvenes que, de tarde en tarde, se reunían en el taller de alguno de estos nortinos a leer el periódico y comentar asuntos políticos. Estas fueron instancias importantes de formación, sobre todo para quienes serían dirigentes sindicales poco tiempo después. Como señala Peredo, su entrada al PC fue producto de su interacción con Julio Figueroa, un «comunista acérrimo, enchapado a la antigua» que vivía del oficio de peluquero y zapatero; y también fue en el seno de ese grupo que se levantó su candidatura a regidor el año 1947.

Estos relatos demuestran la participación activa de militantes (comunistas y de otros partidos obreros) formados en la pampa salitrera y retornados a sus regiones de origen, en la constitución de células partidarias y la politización de jóvenes campesinos. Sin embargo, cabe señalar el

⁴⁸ Entrevista a Manuel Díaz, Lontué, mayo de 2016.

⁴⁹ Sobre las características generales de esta zona, ver Bengoa, *op. cit.*, 103-105.

alcance limitado que tenían estas personas, reducidas en número y con distintos tipos o niveles de experiencia política. Ellos no necesariamente compartían en grupos de conversación informales como Figueroa ni tampoco tenían o mantenían una militancia política. Además, la situación de los partidos obreros en la zona parece haber sido precaria, con pocos militantes comunistas y socialistas antes del estallido de 1946. Esto es importante para matizar las interpretaciones extremas que, por un lado, no habría habido ninguna participación partidaria entre los campesinos o que, por otro, esta participación política habría sido el detonante del proceso. Esta investigación ilumina el problema, sosteniendo que, si bien la relación entre los campesinos y la militancia política existió durante el periodo, no parece haber sido tan relevante antes de 1946.

Otra forma de politización es la acumulación de experiencias previas de organización, ya sea en la memoria de los propios trabajadores rurales o en la acción de otros sectores obreros. Para el caso de la organización en los fundos de Lontué, la existencia en los años cuarenta de sindicatos en las bodegas de vino jugó un papel fundamental. Existían bodegas de distinto tipo: algunas pertenecían a sociedades exportadoras, que no poseían viñas y envasaban el vino para su exportación, y otras pertenecían a los mismos dueños de las viñas. Los trabajadores de ambos sectores habían buscado su organización años antes, a principios de los años treinta, pero los sindicatos de campesinos habían sido disueltos por los patrones de los fundos.

Mientras tanto, los sindicatos de las bodegas de vino no solo sobrevivieron esos primeros años, sino que no fueron afectados por la circular prohibitiva del gobierno del Frente Popular, por lo que, para 1946, contaban con una solidez y experiencia importantes para la zona. Cuando se levantó la circular, los campesinos de Lontué recibieron –o, más bien, buscaron– ayuda de parte de los trabajadores de las bodegas, quienes los asesoraron en temas legales, como por ejemplo, los requerimientos de la Dirección del Trabajo respecto a la constitución de sindicatos y la presentación de pliegos de peticiones, arbitrajes, etc.; así como también facilitaron espacios para reunirse, ya que en los fundos los intentos de reunión y organización eran desbaratados⁵⁰.

La relación que se da entre distintos sectores de trabajadores es un elemento y una problemática frecuente para la historiografía. En este punto, sería positivo recordar la definición de clase de E. P. Thompson, como

⁵⁰ Entrevista a Gregorio Lártiga, Curicó, junio de 2016.

«un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, (...) algo que tiene lugar de hecho –y se puede demostrar que ha ocurrido– en las relaciones humanas»⁵¹. La relación establecida entre los trabajadores rurales de Lontué, los pampinos emigrados, los militantes de partidos políticos y los obreros de las bodegas de vino, y la explicación que se ofrece a continuación, tiene su raíz en la relación humana establecida entre las personas que componían estos grupos, y no intenta esencializar estos grupos como tales.

La cercanía entre el sector organizado de las bodegas y los trabajadores de las viñas de Lontué se daba por dos aspectos básicos: la habitación y el parentesco. Como señala Gregorio Lártiga:

Ese tratero que trabajaba en la viña generalmente tenía un familiar que trabajaba en las bodegas, en la industria. Era un hermano, era un hijo, pero algún familiar tenía, entonces desde el principio había una relación. Y por lo demás tenían los mismos patrones, porque el dueño de la viña era el dueño de la bodega (...) Algunos de los que trabajaban en las bodegas vivían en los fundos, los que eran hijos de los trateros de viña podían vivir en las casas de sus padres, si es que había capacidad en la casa para que estuvieran⁵².

Los espacios comunes de trabajo, habitación y distensión fueron factores importantes en la transmisión de la experiencia de los trabajadores de distintos sectores. El encuentro de las distintas realidades y experiencias se daba incluso al interior de los hogares compartidos, por lo que podemos explicar la sincronización local del movimiento campesino en Lontué desde una perspectiva *micro* de relaciones personales; el deseo de organización permitió el uso de una serie de estrategias para aprovechar la oportunidad abierta desde el Estado con la supresión de la ya mencionada circular. Sin embargo, tampoco debemos olvidar que no todos los trabajadores estaban en sintonía al momento de organizarse; muchos tenían miedo, rechazaban esas iniciativas o incluso tenían complicidad con los patrones. El desafío más abierto al orden patronal se dio solo cuando hubo fuerza suficiente, no antes. Ahí estriba la particularidad de este momento en la historia del campesinado chileno.

⁵¹ Edward Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012, 27.

⁵² Entrevista a Gregorio Lártiga, Curicó, junio de 2016.

Protagonistas y motivos de la movilización rural

Para poder responder por qué los trabajadores rurales chilenos se levantaron frente a sus patrones en la coyuntura analizada es necesario adentrarnos en los motivos perseguidos por estas personas. Con el análisis de sus demandas podremos comprender no solo qué aspectos de su vida eran más relevantes para ellos, sino quiénes y por qué se hallaban juntos en esta lucha.

Para este fin, analizaremos los pliegos de peticiones presentados por los trabajadores a la Inspección del Trabajo. Lo primero que hay que señalar es que estos pliegos de peticiones fueron objeto de críticas por parte de los sectores latifundistas locales y nacionales, por ser todos «muy similares». Según estos actores, esto develaba que habrían sido escritos de manera serial y sin un sustento real⁵³. Esto se suma a la ambigüedad de la agitación descrita en la prensa. Según las publicaciones de la derecha, esa agitación era de carácter masivo y desestabilizador, pero en los diarios de izquierda se presentaba de un color muy distinto, como en *El Siglo* a nivel nacional y *El Pueblo* en Talca. En segundo lugar, es necesario señalar que los pliegos de peticiones son difíciles de encontrar en los archivos y no aparecen ni en la Intendencia del Maule ni en el archivo de la Dirección del Trabajo en Santiago. Sin embargo, los encontramos transcritos en periódicos de distintas tendencias. Además, en el archivo de la Dirección del Trabajo se encuentran muchos pliegos de demandas resumidos en telegramas a las oficinas centrales, lo que nos permite acceder a la información de las demandas y comparar los pliegos de distintas zonas del país para el mismo periodo de movilización. La cantidad de pliegos de peticiones a las que podemos acceder a través del archivo de la Dirección del Trabajo es alta, pero está concentrada en la zona de Santiago, una de las más conflictivas durante el periodo. Por esta razón, los pliegos de peticiones de las zonas rurales de Santiago están sobrerrepresentados. A pesar de lo anterior, la presencia de pliegos de otras provincias nos posibilita corroborar la similitud entre las demandas de los trabajadores rurales de diferentes regiones. Para el caso de Lontué, contamos con un pliego transcrito en su totalidad por el periódico *El Día* de Molina, lo que nos permite contrastarlo con los demás y poder analizarlo en detalle.

⁵³ «Las actividades campesinas se ven perturbadas por una fuerte y constante agitación general», *El Diario Ilustrado*, Santiago, 4 de febrero 1947, 1 y 4.

Las principales demandas de los trabajadores rurales chilenos eran: aumento de salario para inquilinos y voluntarios, limitación de la jornada laboral, mejoras en la alimentación y las viviendas, pago de asignación familiar, y lo resumido en prácticamente todos los telegramas como «regalías carácter social y cultural»⁵⁴. En el pliego presentado al fundo *El Porvenir* de Lontué, vemos demandas económicas y mejoras en la entrega y distribución de tierras a los inquilinos y medieros, sobre todo referidas al «debido tiempo» en que esto se debe realizar. También se aprecia la especificación en la demanda de aumento de salario para los distintos trabajadores del fundo, que, como la mayoría de los campos en Lontué, era una viña: trateros de viña, inquilinos, medieros, obligados y voluntarios. Las demandas sobre la alimentación y vivienda permiten visualizar la realidad cotidiana de los obreros agrícolas:

9° Que al desayuno se les dé [a los trabajadores] medio litro de café con una galleta de quinientos gramos también al almuerzo que sea una doble comida y se les dé tres veces a la semana carne. Que a los porotos se le agregue dos cucharadas de color; que la comida sea guisada en fondo de cobre; que la galleta de la tarde sea igual a la de la mañana y de harina de trigo.

10° Que se haga un colectivo con comedores higiénicos (...).

19° Que a la cocinera se le paguen \$350 pesos mensuales, se le dé dos panes y su ración todos los días⁵⁵.

En otros aspectos, los pliegos también solían incluir como últimos puntos que «todas las garantías que se den estipuladas en los contratos de trabajos y no se firmen hasta conocer, por su lectura el contrato» y que no se presentara «ninguna represalia para los que tomen parte en el presente pliego de peticiones»⁵⁶, lo que demuestra la abierta hostilidad de los patrones frente a la organización y las demandas de los trabajadores. Love-man describe las dificultades instaladas por los terratenientes para aplicar

⁵⁴ «Providencias 11244-11245», *Archivo Nacional de la Administración*, Fondo Dirección del Trabajo, vol. 1847.

⁵⁵ «Comunistas iniciaron su ofensiva en los campos de la Provincia», *El Día*, Molina, 20 de noviembre 1946, 1.

⁵⁶ *Idem*.

la nueva legislación del trabajo⁵⁷. Con respecto a lo anterior, sabemos que los despidos estratégicos de dirigentes, firmantes o sospechosos –también conocidos como «lanzamientos»– fueron una práctica habitual en el campo y que, para este periodo en particular, se hallan presentes desde muy temprano; tan temprano como comenzaron a crearse sindicatos.

Uno de los elementos que llama la atención de los pliegos de peticiones presentados en las distintas provincias del país es la presencia constante de inquilinos junto a los peones y medieros. La idea generalizada en la literatura clásica sobre el campo chileno es que la relación de dependencia de los inquilinos impedía que estos tomaran parte activa en las distintas movilizaciones. Según esa premisa, no deberíamos encontrar más que excepcionalmente a inquilinos pidiendo lo mismo que los demás tipos de trabajadores de fundos y haciendas. Sin embargo, como señala Claudio Robles, desde la década de 1870, el campo chileno sufrió un proceso lento y gradual de modernización capitalista, lo que no solo incluyó el uso de tecnología agrícola en escala creciente, sino que transformó la explotación de la tierra y la mano de obra. La extensión de la empresa latifundista disminuyó las tierras explotadas por inquilinos y medieros, por lo que el pago a los inquilinos, que ya era mixto en la mayoría de las regiones, se basó cada vez más en un salario metálico, que en las regalías otorgadas por el hacendado. No solo la producción de los inquilinos disminuyó por el cambio en el uso de la tierra, sino que este pago en explotación de tierra que se les concedía se reemplazó gradualmente por dinero. Además, en base a informes de la situación agrícola de distinto origen, Robles muestra que las regalías de los inquilinos constituían una parte calculable del salario en dinero, es decir, las equivalencias de las regalías en pesos se sumaban al salario completo. Por ejemplo: un total de \$3 al día eran divididos en: \$1,6 en efectivo, \$0,7 de ración de comida, \$0,3 por uso de casa y \$0,4 por su chacra⁵⁸. Robles señala que «a medida que el sistema de haciendas vivió una larga transición hacia la producción capitalista, la proletarianización gradual de los inquilinos y otros trabajadores de las haciendas dieron como resultado la formación de una incipiente clase obrera rural»⁵⁹.

⁵⁷ Loveman, *Struggle in the Countryside...*, *op. cit.*, 81-105.

⁵⁸ Alberto Castillo, *Informe pericial y tasación del fundo Flor del Llano*, Santiago, 1925, 3-12, citado por Robles, *op. cit.*, 519.

⁵⁹ Robles, *op. cit.*, 520.

Gregorio Lártiga, quien fue campesino antes de trabajar en las bodegas de vino y vivió en la casa de su padre, que era peón de un fundo –o tratero de viña, más específicamente–, describe esta transformación de la vida de los trabajadores que habitaban los fundos:

El tratero de viña era una persona que se le entregaba 3 o más cuerdas de viña, para que él las trabajara (...) el patrón lo pagaba una cantidad de dinero (sic), junto al dinero le entregaba algunos derechos, como el derecho a talaje, para que pudiera tener dos animales (...) Además, le daban un derecho, en ese tiempo, una ración de tierra, que se llamaba, donde el tratero podía sembrar y lo que cosechaba era de él. Pero eso fue cambiando también, porque después en esos años existían tierras suficientes para eso. Pero después esas tierras fueron plantadas de viñas también, y desaparecieron las raciones y los talajes⁶⁰.

Hacia 1946, este proceso de proletarización de los inquilinos y demás trabajadores rurales estaba bastante avanzado, lo que explica la extendida participación de inquilinos junto a medieros y peones –o voluntarios– en la sindicalización, presentación de pliegos de peticiones e, incluso, en los movimientos huelguísticos. Los inquilinos participaron, no como excepción, sino como regla general, en las diversas regiones rurales de Chile en el movimiento de 1946-1947, porque ya no dependían tanto del favor del patrón como del salario que ganaban en moneda corriente. Según el trabajo de Santana, este acercamiento de posiciones entre peones e inquilinos se dio además por la *pseudoinquilinización* que se habría producido en el siglo XIX, explicada al comienzo de este artículo⁶¹.

Fundamentalmente esta experiencia de modernización económica, y el subsecuente proceso de proletarización entre los trabajadores del campo, impulsó a estas personas a la organización en la coyuntura abierta por el gobierno de González Videla. Esto es muy importante, puesto que, a pesar de la creciente valoración que ha ido adquiriendo la historia rural chilena en los últimos años, se sigue dando demasiada importancia a dos elementos: la relevancia conferida a las visiones y fuentes institucionales, y la influencia de los partidos políticos nacionales y sus proyectos o planes de desarrollo político en los sectores rurales. Estos enfoques mantienen problemas que parecen relevantes a la hora de estudiar el trabajo rural en Chile y el movimiento campesino.

⁶⁰ Entrevista a Gregorio Lártiga, Curicó, junio de 2016.

⁶¹ Santana, *op. cit.*, 127. También Bengoa, *op. cit.*, 104.

En primer lugar, la literatura que resalta las visiones y fuentes institucionales tiende a soslayar las experiencias vividas por los campesinos y obreros agrícolas y da mayor énfasis a los procesos de organización popular impulsados desde el Estado. Para Scott, una visión historiográfica institucional «no menciona al campesinado excepto cuando su actividad resulta amenazante. De otra forma, los campesinos aparecen tan solo como anónimos contribuyentes a las estadísticas de reclutamiento, producción de cosechas, impuestos, etc.»⁶². Para el caso chileno, esto proviene fundamentalmente de la herencia de la bibliografía escrita en los años 1960 y 1970 sobre la reforma agraria. Esta forma de ver la organización campesina construye una larga duración para el campo chileno –el «mito de la marginalidad», en palabras de Loveman–, que afortunadamente ha sido combatido desde los trabajos de Loveman hasta el día de hoy⁶³. Sin embargo, el segundo elemento mencionado aún se encuentra presente en las investigaciones más actuales, que se han enfocado en la importancia de la interacción con organizaciones políticas nacionales, principalmente el Partido Comunista⁶⁴, así como en los efectos de los programas de gobierno con respecto a los trabajadores rurales, lo cual habría impulsado su organización, politización y movilización. Esta visión fue ampliamente alimentada por la prensa de la época, que no dejó de culpar a los comunistas de la «enorme agitación» en el campo⁶⁵, agitación que los comunistas califican de «artificial» y creada por los latifundistas para desestabilizar al gobierno⁶⁶.

⁶² Scott, *op. cit.*, XV, traducción propia.

⁶³ Loveman, *El mito de la marginalidad: Participación y represión del campesinado chileno*, Santiago, ICIRA, 1971. Esta publicación es parte de una serie de investigaciones del autor en la década de los setenta respecto al tema, en la que se incluyen *Struggle in the Countryside...*, *op. cit.*; y *Antecedentes para el estudio del movimiento campesino chileno: pliegos de peticiones, huelgas y sindicatos agrícolas, 1932-1966*, Santiago, ICIRA, 1971.

⁶⁴ Nos referimos fundamentalmente al trabajo de Nicolás Acevedo, quien además ha investigado el rol de distintas variantes del socialismo en el campo.

⁶⁵ La prensa de época está llena de ejemplos. Mencionaremos algunos de fácil revisión y de una exageración tal que demuestra lo expuesto: «Células comunistas de los campos han iniciado ya la recolección de armamentos», *El Diario Ilustrado*, Santiago, 26 de diciembre 1946, 2; «Comunistas iniciaron su ofensiva en los campos de la provincia», *El Día*, Molina, 20 de noviembre 1946, 1; «Lontué, Molina y Curicó constituyen el foco del movimiento revolucionario que el Partido Comunista ha desatado», *La Prensa*, Curicó, 9 de enero 1947, 1.

⁶⁶ «Mientras se retarda la constitución de sindicatos agrícolas, recrudece persecución en el campo», *El Siglo*, 25 de noviembre 1946, 5; «Con despidos

Esta directa influencia del Partido Comunista fue exagerada por la prensa de la época y ha sido sopesada de forma poco certera por la historiografía. Es cierto que en el proceso desatado en 1946 podemos ver un rápido crecimiento del Partido Comunista en el campo; sin embargo, las fuentes orales a las que aún podemos tener acceso –todos militantes comunistas– enfatizan que:

La organización de los campesinos, como la organización de todos los trabajadores, surge de la necesidad que siente la gente por su condición de vida. De eso nace la necesidad de que solamente a través de la organización pueden satisfacer las necesidades que tienen y las reivindicaciones que aspiran⁶⁷.

No debemos olvidar que la presencia de militantes comunistas fue muy baja antes del año 1946. En la zona de Lontué, los primeros militantes instruidos por los pampinos emigrados del norte salitrero iniciaron su actividad política el mismo año 1946 o 1947, durante la movilización. Este fue el caso de Gregorio Lártiga y de Ignacio Peredo, que representaban a dos tipos distintos de trabajadores en Lontué. Es ilustrativo que, si bien este último fue electo regidor por Sagrada Familia en 1947, llevaba alrededor de un año militando en el partido. Esto significa que la influencia del PC no habría sido desencadenante de la politización y organización campesina, sino que, más bien, habría acompañado este proceso, aportando un lenguaje político y creciendo al alero del movimiento.

Es importante señalar que los militantes más antiguos del Partido Comunista en la zona han fallecido, por lo que evidentemente no fue posible entrevistarlos. Sin embargo, las evidencias apuntan a que la organización del PC antes de 1946 no era fuerte en Lontué. Como señala Peredo, al referirse a la vinculación del partido y la sindicalización, «donde se creaban sindicatos, se creaba al alero una célula del Partido»⁶⁸, lo cual da cuenta de la importancia que tuvo el proceso de 1946-1947 para el crecimiento del PC en la zona. Así, encontramos otro elemento importante en el desarrollo del movimiento popular en el campo chileno, que es la

y persecuciones responden latifundistas a la sindicalización», *El Siglo*, 6 de diciembre 1946, 4 y 8; «Agitación en el campo es creada por latifundistas», *El Siglo*, 13 de diciembre 1946, 1; «Español franquista dueño de fundo provoca a los obreros en Curicó», *El Siglo*, 30 de enero 1947, 5.

⁶⁷ Entrevista a Gregorio Lártiga, Curicó, junio de 2016.

⁶⁸ Entrevista a Ignacio Peredo, Lontué, mayo de 2016.

búsqueda de un lenguaje político y jurídico por parte de los trabajadores organizados, que les fuera útil tanto para la constitución de sindicatos y la presentación de pliegos de demandas, como para construir un discurso que los situara en la estructura social y el momento histórico. Con esto, las organizaciones obreras del agro avanzaban hacia «la formulación discursiva sobre el lugar ocupado por el pueblo» y «la reivindicación de la ciudadanía popular, que (...) tenía que ver con la inclusión de los sectores populares a los beneficios producidos por la sociedad moderna, de los cuales estaban siendo excluidos», tal como señalan las definiciones de politización elaboradas por Pinto y Valdivia⁶⁹.

Para este propósito no se encontraban solos. Como se ha explicado, en Lontué la convivencia de los trabajadores de las bodegas, organizados en sindicatos, con los obreros agrícolas era fluida, y de ahí recibían ayuda de distinto tipo:

[A los de las bodegas] nos pedían que les ayudáramos (...) y esa fue nuestra labor. Les ayudábamos a hacer muchas cosas de carácter legal que ellos [los campesinos] no entendían, elaborar documentos que se presentaban, todo eso, la orientación que se les entregaba. Pero fuera de eso, era la pelea de ellos mismos la que logró los objetivos que se proponían, que al menos lo lograron por un tiempo⁷⁰.

De este modo, el PC tuvo una relación particular de interacción con los trabajadores rurales. Algunos de ellos ingresaron a las células del partido, lo que tuvo una recepción bastante positiva en algunos casos, como lo atestigua la elección de abril de 1947 en la que resultó electo el militante Ignacio Peredo. Lo anterior aportó a la construcción de discursos políticos y de clase, construcción que –no debemos olvidar– se elaboró entre los mismos trabajadores. La delimitación del periodo puede confundir con respecto a la relevancia e inserción de la actividad política comunista en el campo. El conflicto se abrió muy tempranamente durante la presidencia de González Videla, cuyo gobierno inicialmente incluyó al PC, y declinó con la persecución comunista, la ley 8.811 de sindicalización campesina de julio de 1947 y la dictación de la Ley Maldita en 1948.

Brian Loveman pone esta problemática de relieve al señalar que, en tanto se desató la represión hacia el PC, los latifundistas denunciaron la

⁶⁹ Pinto y Valdivia, *op. cit.*, 10. Ver referencia número 39.

⁷⁰ Entrevista a Gregorio Lártiga, Curicó, junio de 2016.

agitación en sus fundos como responsabilidad comunista, tal como ya vimos para el comienzo del proceso. En esta dinámica, los sindicalistas comunistas fueron despedidos y vetados de los lugares de trabajo. Pero la represión anticomunista también sirvió de excusa para expulsar de los fundos a todo «agitador» o «revoltoso», acusado de pertenecer al PC⁷¹. Por esta razón, es riesgoso considerar el aporte del PC a la movilización y politización campesina como determinante o desencadenante del proceso. Los argumentos ya revisados sobre el tiempo de permanencia y trabajo previo, la poca cantidad o la falta total de militantes entre los trabajadores de los fundos de Lontué antes del conflicto, y las evidencias acerca del interés y necesidad de organización de los trabajadores rurales que no tenían una militancia política reafirman la dificultad de adjudicar el fenómeno de 1946 y 1947 a la responsabilidad comunista. A ello se suma la dificultad interpretativa presentada por la represión indiscriminada de la segunda parte del gobierno de González Videla, es decir, después de su giro anticomunista con la Ley Maldita.

Ahora bien, es importante señalar que esta explicación no persigue la reivindicación de un purismo ideológico, ni mucho menos desconoce el importante rol de los partidos y organizaciones de masas de izquierda –y de centro– en el desarrollo del movimiento campesino en Chile. Tampoco pretendemos sostener una organización espontánea de los trabajadores rurales, puesto que el estallido social de 1946 y 1947 fue solo una forma distinta de expresar el constante conflicto entre el trabajo y capital agrícolas. Más bien, esta interpretación pretende tomar en cuenta la experiencia vivida por los campesinos en la explicación de un fenómeno de «abierto desafío», como diría Scott⁷². Haciendo eco de las condiciones sociales que permitieron a estas personas entenderse como explotados y organizar su cooperación para transformar su realidad, aquí se pretende relevar el protagonismo e iniciativa política de este sector de la clase trabajadora chilena. Por esta razón se ha planteado la relevancia de la proletarianización en la construcción de una clase trabajadora rural con intereses mejor definidos que durante la Colonia y el siglo XIX. Como dice Robles, a diferencia de otras épocas, a principios del siglo XX «los activistas del trabajo hallaron tierra fértil en el campo, pues la condición de los trabajadores rurales había cambiado substancialmente con la transformación del sistema de hacienda.»⁷³.

⁷¹ Loveman, *Struggle in the Countryside...*, *op. cit.*, 173-175.

⁷² Scott, *op. cit.*

⁷³ Robles, *op. cit.*, 525, traducción propia.

Conclusiones

La investigación de los procesos de politización y movilización de los trabajadores rurales desafía a la historiografía a replantear la forma de abordar estos conceptos para la historia del campesinado, tomando en cuenta las complejas relaciones sociales involucradas y la experiencia de vida de los sujetos históricos. Como demuestra Peter Winn en su magistral obra *Tejedores de la revolución*⁷⁴, el contrapunto de una historia social vista desde las estructuras sociales y políticas, en conjunto con el relato microhistórico de uno de los procesos que se halla en la base de las transformaciones de la sociedad, revela cuán fundamental es la vivencia concreta de las personas para su acción histórica⁷⁵.

Para este caso particular, resulta fundamental la experiencia de proletarización de los trabajadores rurales desde fines del siglo XIX. Este aspecto no solo explica la amplitud de la movilización campesina, lo que habría permitido que peones e inquilinos se plegaran juntos a un movimiento que desafiaba las condiciones impuestas por los terratenientes, sino que, además, demuestra la maduración de un proceso de transformación social en el campo chileno. Esta transformación se relaciona con la forma de concebir las jerarquías sociales por parte de los obreros agrícolas y con su construcción de un discurso de clase. Esto habría permitido un movimiento masivo y de amplitud nacional que habría sabido aprovechar el levantamiento de la prohibición de organizarse, anunciada por González Videla durante su campaña. Así, este movimiento se habría diferenciado en su magnitud de los más escasos y de menor alcance, producidos durante las décadas de 1920 y 1930.

Este periodo parece tener una relevancia particular, que su corta duración oculta a primera vista. Según la clasificación del tiempo histórico de Fernand Braudel, una coyuntura es el periodo de tiempo en que se manifiesta la transformación de ciertas estructuras o condiciones de larga duración⁷⁶. En este sentido, la coyuntura principal para el campesinado

⁷⁴ Peter Winn, *Tejedores de la Revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, Santiago, Lom, 2004.

⁷⁵ En el caso del gobierno de Salvador Allende, entender la compleja interacción de «revolución desde abajo» y «revolución desde arriba» planteada por el autor, resulta imposible obviando a sus protagonistas, como resulta también poco sustancial el análisis basado en las grandes estructuras o en la visión del Estado o las clases dominantes.

⁷⁶ Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1984.

en Chile se identifica con la politización y sindicalización campesinas de la década de 1960 y llegada a su cúspide con la Reforma Agraria de 1967 y el gobierno de la Unidad Popular. A partir de ahí, esta investigación abre la pregunta sobre si esa coyuntura habría comenzado su desarrollo con el movimiento de 1946-1947. Pareciera existir cierta continuidad de este proceso con la creación de importantes organizaciones de trabajadores rurales y el fortalecimiento de una sindicalización que, golpeada duramente por la represión anticomunista, logró volverse a levantar o, al menos, mantenerse en la memoria de la generación de campesinos que afrontó el nuevo ciclo. Ejemplos de esto serían la huelga de Molina de 1953, la unión de trabajadores bajo el referente de «La marcha» en los años 1960 y en general la resistencia de los trabajadores rurales a la represión del periodo de la Ley Maldita. Pero, por supuesto, esto solo es una hipótesis que podría ser desarrollada por otros trabajos.

Por otra parte, hemos señalado que el ambiente de confrontación política que existió durante los primeros meses del gobierno de Gabriel González Videla fue bastante fuerte y abierto. Al considerar ciertos elementos no podemos evitar establecer un cierto símil con el periodo de la Unidad Popular; entre ellos, se encuentran las denuncias de parte de la izquierda de acaparamiento de subsistencias y encarecimiento artificial de los precios —entre ellos el del pan, que sobrepasaba el salario diario promedio de un obrero rural—, la fuerte tónica antisindical y anticomunista de la derecha —y, a veces, la presión del centro político sobre el gobierno—, la confianza del Partido Comunista en el programa reformista de la Alianza Democrática y la constante y extendida campaña de denuncia de la agitación en el campo por parte de los terratenientes. Se abre, entonces, la pregunta sobre si justamente la movilización desatada en el campo —tema de mucha relevancia para la crisis política de 1973— durante los primeros meses del gobierno de González Videla, acompañada de la fuerte campaña de terror levantada por una férrea oposición, habría sido una de las causas del giro de un gobierno que comenzó con promesas de transformación social y que, en menos de un año, se convirtió en uno de los regímenes más represivos del Chile del siglo XX.

Finalmente, es importante una reflexión sobre la *larga duración* con respecto a este proceso de movilización social que aparece tan pequeño en la historia del campesinado chileno. En todo el mundo, la dura vida de los trabajadores oprimidos del campo ha constituido una de las características más comunes para la historia universal y, por tanto, para la experiencia histórica humana, la cual ha estado acompañada de un

variado repertorio de formas de resistencia a la dominación. Como sentencia Marc Bloch, las grandes insurrecciones solo significaron un fracaso para el campesinado medieval y no fueron más que «chispas en la sartén» comparadas con la paciente, silenciosa y obstinada lucha llevada a cabo por las comunidades rurales, lucha que finalmente logró más con su soterrada resistencia que los enfrentamientos directos⁷⁷. Por otro lado, cuando las estrategias cotidianas de resistencia descritas por James Scott se han agotado, surgen las acciones directas, como huelgas, tomas de terreno, rebeliones y revoluciones agrarias, quiebre que «generalmente es signo de gran desesperación»⁷⁸. En este sentido, Scott enfatiza los momentos de «tranquilidad social», pero también llamando profundamente la atención sobre los momentos de ruptura de esta tranquilidad.

La imagen del campesinado como una clase de comportamiento polarizado, que se mantiene «inerte» durante largos periodos, pero que en un momento determinado desencadena su ira y frustración en rebeliones particularmente sangrientas, es parte de un imaginario que simplemente no se corresponde con la realidad histórica. Esto es particularmente importante para el estudio del campesinado chileno, ya que el periodo estudiado aquí, y en general las manifestaciones políticas de este grupo social explotado y subalterno, es solo una de las expresiones de procesos muy largos, en los que las experiencias y memorias de resistencia van configurando la acción de todo un grupo humano. El valor infundido para levantarse entre compañeros que trabajaban de sol a sol juntos, inclinados sobre la tierra, solo se explica por aquello que se desarrolla durante todos esos años de haber vivido agachados, precisamente, frente a ese suelo en el que habían nacido, pero cuyos frutos no eran suyos.

⁷⁷ Marc Bloch, *Los caracteres originales de la historia rural francesa*, citado en Scott, *op. cit.* XVI y 28.

⁷⁸ Scott, *op. cit.*, XVI.